

# Cultura y política en los primeros años de la Revolución Cubana: el caso Padilla

Por Carlos TELLO DÍAZ\*

*Cultura y revolución en Cuba*

“**E**N LA LITERATURA Y LAS ARTES el triunfo revolucionario produjo la espontánea celebración de la mayoría de los creadores cubanos de todas las ideologías y generaciones”, afirma el historiador cubano Rafael Rojas.<sup>1</sup> Antes de 1959 muchos de los más grandes artistas cubanos simpatizaban con las posturas del Partido Socialista Popular, que era el nombre del partido comunista: el pintor Wifredo Lam, el poeta Nicolás Guillén, el escritor Raúl Roa, el novelista Alejo Carpentier. “Entre 1959 y 1961, sin embargo, aquel consenso comenzó a quebrarse como resultado de la radicalización comunista y nacionalista de un proyecto inicialmente democrático y moderado”.<sup>2</sup> El desencuentro que simbolizó esa primera etapa surgió en torno al semanario *Lunes de Revolución*, el suplemento cultural que publicaba el diario *Revolución*, órgano del Movimiento 26 de Julio. *Lunes* era lúdico, irreverente y subversivo. Dirigido por Guillermo Cabrera Infante, amigo de Carlos Franqui, publicó en él un manifiesto de protesta por la censura del cortometraje *P.M.*, prohibido por mostrar la vida nocturna en los bares populares de La Habana, en vez de exaltar los valores de la Revolución. El manifiesto, defendido por Franqui, fue condenado por Alfredo Guevara, entonces a cargo de la industria del cine en Cuba. Durante tres sábados de junio de 1961 (o tres viernes según Cabrera Infante, o tres domingos según Franqui) alrededor de cuatrocientos escritores se reunieron con el comandante Fidel Castro para discutir el tema de la libertad en la sala de conferencias de la Biblioteca Nacional de La Habana. El último sábado, Castro pronunció durante dos horas un discurso conocido luego como

---

\* Investigador titular de tiempo completo del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <carlos\_tello\_diaz@hotmail.com>.

<sup>1</sup> Rafael Rojas, “Cultura y poder en Cuba”, *Nexos* (México), núm. 318 (junio de 2004), p. 56.

<sup>2</sup> *Ibid.*

*Palabras a los intelectuales*. “¿Cuáles son los derechos de los escritores y de los artistas revolucionarios y no revolucionarios?”, preguntó a los asistentes. “Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada [...] Los contrarrevolucionarios, es decir, los enemigos de la Revolución, no tienen ningún derecho contra la Revolución”.<sup>3</sup> *Lunes de Revolución*, que había empezado a circular en abril de 1959, publicó su último número en noviembre de 1961. Una suerte similar tuvo *Hoy*, suplemento cultural de los comunistas, que también desapareció. La Revolución ya no tenía confianza en sus escritores. El comandante Ernesto Guevara, el *Che*, resumiría ese sentimiento a su manera con una frase que sería legendaria: “La culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original: no son auténticamente revolucionarios”.<sup>4</sup>

Pero los intelectuales no cubanos fueron todavía por varios años, en su mayoría, auténticamente revolucionarios, sobre todo en América Latina. La Revolución tenía en el continente dos vínculos muy poderosos: uno era el aparato clandestino que apoyaba a los movimientos insurgentes, encabezado por el comandante Manuel Piñeiro desde el Partido Comunista Cubano, y otro era el aparato cultural que organizaba visitas, premios y festivales, y que dirigía Haydée Santamaría desde la Casa de las Américas. Ambos se complementaban: con el apoyo de Cuba los intelectuales articulaban la justificación moral y política de la rebelión. Fueron por ello vitales para Fidel Castro, quien desde temprano se preocupó por recibirlos en La Habana. Los líderes de la izquierda democrática en América Latina (José Figueres, Rómulo Betancourt, Víctor Raúl Haya de la Torre) no siempre vieron con entusiasmo a la Revolución Cubana. Los intelectuales la vieron en general con más simpatía, aunque el fracaso económico, la represión cultural y la adopción del modelo soviético también pusieron fin a sus expectativas. La crisis con ellos estalló en abril de 1971, con el llamado *caso* Padilla. El fiasco que significó el acto de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) hizo renegar de la Revolución a muchos que tenían hasta ese momento relaciones de amistad con La Habana. Las autoridades ordenaron entonces a Padilla publicar una declaración en la que condenaba la carta de solidaridad suscrita por sus amigos,

---

<sup>3</sup> Fidel Castro, *Palabras a los intelectuales*, La Habana, Biblioteca Nacional, 1991, p. 13.

<sup>4</sup> Citado por Pierre Kalfon, *Che: Ernesto Guevara*, México, Plaza & Janés, 1997, p. 351.

encabezados por el escritor Mario Vargas Llosa. “Son compañeros que viven otras experiencias y otros mundos [que] desconocen a fondo mi vida de los últimos años”, escribió Padilla.<sup>5</sup> Separado de la Universidad de La Habana, el gobierno de Fidel Castro le dio el cargo de traductor en la Editorial Arte y Literatura, donde trabajó hasta que finalmente pudo salir de Cuba. ¿Qué había significado su caso para el resto de los escritores? Octavio Paz resumió así la situación:

Supongamos que Padilla dice la verdad y difamó al régimen de la Revolución en sus charlas con escritores y periodistas extranjeros. ¿La suerte de la Revolución Cubana se juega en los cafés de Saint-Germain-des-Prés y en las salas de redacción de las revistas literarias de Londres y Milán? Todo esto sería únicamente grotesco si no fuese un síntoma más de que en Cuba ya está en marcha el fatal proceso que convierte al partido revolucionario en casta burocrática y al dirigente en César.<sup>6</sup>

Al margen de sus edades, opiniones y temperamentos, los intelectuales mexicanos en particular habían apoyado con fervor a la Revolución Cubana en sus inicios:

Es obvia la unanimidad de la opinión en torno a Fidel Castro.<sup>7</sup>

El programa de la Revolución Cubana es, en esencia, el de todos los pueblos latinoamericanos [...] Cuba ha demostrado que la revolución democrática puede iniciarse en Hispanoamérica.<sup>8</sup>

En virtud de la Revolución, el gobierno de Cuba depende y no tiene más compromiso que con los sectores populares que hicieron posible dicha Revolución.<sup>9</sup>

Dos rasgos, por encima de todos los demás, impresionan a la América Latina: son la resolución y la firmeza, y una resolución y firmeza puestas al servicio de una buena causa.<sup>10</sup>

---

<sup>5</sup> “Intelectuales *versus* Fidel: cartas de un joven poeta”, *Panorama* (Argentina), núm. 211 (11 al 17 de mayo de 1971), reproducido en la sección “Al pie de la letra”, *Casa de las Américas* (La Habana), núm. 67 (julio-agosto de 1971), p. 188.

<sup>6</sup> Octavio Paz citado en Heberto Padilla, *Fuera del juego*, Buenos Aires, Aditor, 1969, pp. 209-210.

<sup>7</sup> Jaime García Terrés, “Diario de un escritor en La Habana”, *Universidad de México*, vol. XIII, núm. 7 (marzo de 1959), p. 3.

<sup>8</sup> Carlos Fuentes, “América Latina y Estados Unidos: notas para un panorama”, *Universidad de México*, vol. XIII, núm. 7 (marzo de 1959), pp. 11 y 15.

<sup>9</sup> Enrique González Pedrero, “La situación económica de Cuba”, *Universidad de México*, vol. XIII, núm. 7 (marzo de 1959), p. 11.

<sup>10</sup> Daniel Cosío Villegas citado en Enrique Krauze, *La presidencia imperial*, México, Tusquets, 1998, p. 254.

La Revolución Cubana suena como una primera explosión de la inteligencia en América Española.<sup>11</sup>

La Revolución Cubana es histórica no sólo porque pone fin a una monstruosa dictadura sino por su sentido de anticipación, por lo que hay en ella de presencia del futuro.<sup>12</sup>

La Revolución Cubana [...] forma parte de los esfuerzos realizados por estos pueblos para que se les reconozcan derechos que el mundo occidental [...] proclamaba como exclusiva.<sup>13</sup>

En 1971 el caso Padilla rompió finalmente con la unanimidad, es decir, hizo públicas las desavenencias, hasta ese momento privadas, de un grupo muy numeroso de escritores y, al mismo tiempo, enardeció la retórica de los que permanecieron fieles al régimen de la Revolución.

### *El poeta Heberto Padilla*

**H**EBERTO PADILLA era nativo de Puerta de Golpe, en Pinar del Río, pero desde joven residía en la capital de Cuba. Estudió filosofía y derecho en la Universidad de La Habana, trabajó como cronista policiaco en una sección de crímenes y escándalos de la radioemisora COCO y más tarde vivió en Nueva York, ciudad en la que, sorprendido por el triunfo de la Revolución, fue por unos meses el corresponsal de Prensa Latina, la agencia de noticias fundada entre otros por Gabriel García Márquez. Al comienzo de los sesenta regresó a Cuba para colaborar en *Revolución*, el periódico que dirigía Carlos Franqui. Después trabajó de nuevo para Prensa Latina en Londres y en Moscú, y luego para Cubartimpex, empresa que le permitió vivir en varias capitales de Europa, donde promovía el comercio con Cuba. Hacia mediados de los sesenta comenzó su relación con Casa de las Américas, entonces a cargo de la compañera Haydée Santamaría, hermana de Abel Santamaría, uno de los muchachos que murieron en el ataque de julio de 1953 al Cuartel Moncada en Santiago de Cuba.

Los problemas de Padilla con el poder empezaron poco después, en febrero de 1968, al hacer unas declaraciones a la revista

---

<sup>11</sup> Jorge Portilla en “La Revolución Cubana vista desde México: opinan tres intelectuales mexicanos, un nicaragüense y un guatemalteco”, *Universidad de México*, vol. XIII, núm. 7 (marzo de 1959), p. 16.

<sup>12</sup> Manuel Cabrera en *ibid.*

<sup>13</sup> Leopoldo Zea en *ibid.*

*El Caimán Barbudo*, ocasión que aprovechó para ridiculizar *Pasión de Urbino*, una novela menor de Lisandro Otero, y elogiar *Tres tristes tigres*, la gran obra de Guillermo Cabrera Infante, que acababa de ganar el Premio Biblioteca Breve de la editorial Seix Barral en España. El problema consistía en que Cabrera Infante vivía exiliado en Europa y Otero, en cambio, era vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura. Fue un error que juzgó su deber corregir la noche de su autocrítica, en abril de 1971, en la que condenó sus elogios a Cabrera Infante (“un agente de la CIA”) y lamentó sus críticas a Otero (“un amigo verdadero”).<sup>14</sup>

Pero el episodio más grave ocurrió en octubre de 1968, con la premiación de su libro de poesía *Fuera del juego*. En aquel otoño, Heberto Padilla recibió el Premio de Poesía “Julián del Casal”. El Comité Director de la UNEAC, que otorgaba el galardón, trató sin éxito de revertir la decisión del jurado, compuesto entre otros por el novelista cubano José Lezama Lima y el crítico inglés John Cohen. Ambas partes acordaron entonces publicar la obra con una nota de la UNEAC, seguida por otra del jurado. El texto de la UNEAC tuvo que ser endurecido, pues en ese momento *Verde Olivo*, revista de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, dio a conocer un artículo titulado “Las provocaciones de Padilla”, en el que criticaba su vida de lujos al amparo de la Revolución. Era el Año del Guerrillero Heroico. La UNEAC publicó al fin el libro premiado, precedido por una nota donde reiteraba su “deber de velar por el mantenimiento de los principios que informan nuestra Revolución”.<sup>15</sup> Criticaba en los poemas dos pecados: su criticismo y su antihistoricismo. La nota explicaba: “Su criticismo se ejerce desde un distanciamiento que no es el compromiso activo que caracteriza a los revolucionarios. Su antihistoricismo se expresa por medio de la exaltación del individualismo frente a las demandas colectivas del pueblo”.<sup>16</sup> La nota terminaba con una censura al poeta por sugerir “persecuciones y climas represivos en una revolución como la nuestra que se ha caracterizado por su generosidad y su apertura”.<sup>17</sup> Junto a la nota de la UNEAC, el dictamen del jurado decía: “*Fuera del juego* se destaca por su calidad formal y revela la presencia de un poeta en

---

<sup>14</sup> Heberto Padilla, “Intervención en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba”, *Casa de las Américas* (La Habana), núm. 65-66 (marzo-junio de 1971), p. 192.

<sup>15</sup> Padilla, *Fuera del juego* [n. 6], p. 87.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 89.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 90.

posesión plena de sus recursos expresivos”, para luego agregar algo en defensa de su contenido, dadas las circunstancias: “El libro se sitúa del lado de la Revolución, se compromete con la Revolución y adopta la actitud que es esencial al poeta y al revolucionario: la del inconforme”.<sup>18</sup> Associated Press publicó después una nota sobre “el disentimiento entre los intelectuales del régimen de Castro sobre la libertad de expresión artística”.<sup>19</sup>

La vida de Padilla cambió por completo a partir del escándalo de *Fuera del juego*, libro que de inmediato fue traducido a catorce idiomas, pero él mismo perdió su trabajo en Casa de las Américas. Entonces, por medio de la viuda de un compañero del Che Guevara muerto en Bolivia, le hizo llegar una carta a Fidel Castro. Éste le consiguió trabajo en la Universidad de La Habana, pero meses más tarde llegaron a sus oídos noticias que le hicieron ver que Padilla no había entendido la lección, que era un malagradecido: venía de publicar un libro de poemas llamado justamente *Provocaciones* y, titulada con un verso del poeta salvadoreño Roque Dalton, escribía una novela que a todos irritaba profundamente: *En mi jardín pastan los héroes*.

Por esos días Padilla contrajo matrimonio con la escritora Belkis Cuza, por lo que las autoridades, como regalo de bodas, le dieron acceso a una *suite* de dos recámaras en el piso 17 del Hotel Riviera. En el piso de arriba estaban las habitaciones del escritor Jorge Edwards, encargado de negocios de la Embajada de Chile en Cuba. La relación de Padilla con él, en la que participaba también el fotógrafo Pierre Golendorf, miembro del Partido Comunista en Francia, serviría de pretexto a la gente de Seguridad del Estado, pues Edwards sería declarado persona *non grata* y Golendorf, a su vez, agente de la CIA.

El golpe llegó en la primavera de 1971. En la Universidad de La Habana Padilla recitó varios poemas de *Fuera del juego* que fueron grabados para ser enviados a Chile a un festival sobre Cuba. Una noche Fidel Castro llegó sin avisar a la Universidad. Escuchó la grabación de los poemas hasta las dos y media de la madrugada, entre ellos el que servía de título al libro, “Fuera del juego” que da comienzo con estas líneas:

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 85.

<sup>19</sup> Citado por Lisandro Otero, *Disidencias y coincidencias*, La Habana, Editorial José Martí, 1986, p. 81.

¡Al poeta, despídanlo!  
Ese no tiene aquí nada que hacer.  
No entra en el juego.  
No se entusiasma.  
No pone en claro su mensaje.  
No repara siquiera en los milagros.  
Se pasa el día entero cavilando.  
Encuentra siempre algo que objetar.<sup>20</sup>

La gente vio salir muy serio a Fidel Castro de la Universidad. Padilla tenía sus días contados. A las siete de la mañana del 20 de marzo, Seguridad del Estado llegó a su apartamento en El Vedado. Era un sitio de tres cuartos, lleno de fotos y libros. “Fui conducido en automóvil, entre dos policías, hasta la antigua residencia de los Hermanos Maristas, casi en las afueras de La Habana”, habría de recordar Padilla. “Por fuera es el lugar más plácido y agradable que pueda contemplarse; por dentro es un laberinto de pasillos y escaleras, con celdas consecutivas como un remedo de las prisiones medievales”.<sup>21</sup> Villa Marista era la prisión donde solían ser recluidos los enemigos de la Revolución. Padilla estaba ahí, le dijeron sus captores, “por intentar contra los poderes del Estado”.<sup>22</sup> Le mostraron una cinta grabada en México, al parecer en casa de Carlos Fuentes, donde era posible escuchar la voz de Jorge Edwards. Éste y el anfitrión criticaban a Castro por ejercer, decían, una influencia muy nociva sobre Salvador Allende. Había ruidos en el fondo, como de una fiesta. Fuentes llamaba al comandante “bongosero de la historia”.<sup>23</sup> Edwards celebraba su ocurrencia: “*Bongosero, bongosero de la historia, caballero. ¿No les parece Nicolás Guillén? ¿No les parece la voz del negro que dice Pablo?*”.<sup>24</sup> Padilla escuchaba la cinta lleno de terror, incrédulo, sin entender lo que pasaba. ¿Cómo había llegado a manos de sus captores esa cinta que contenía la voz de su amigo Jorge Edwards? Después de ser interrogado por Seguridad del Estado fue trasladado, inconsciente, al Hospital Militar de Marianao, donde recibió la visita de Castro. Tenía el cuerpo magullado por los golpes. Más tarde volvió a la prisión, acompañado por los agentes. “Me condicionaron la salida

---

<sup>20</sup> Padilla, *Fuera del juego* [n. 6], p. 40.

<sup>21</sup> Heberto Padilla, *La mala memoria*, San José, Kosmos, 1992, pp. 173-174.

<sup>22</sup> *Ibid.*

<sup>23</sup> Citado en *ibid.*, p. 178.

<sup>24</sup> *Ibid.*

de la cárcel a la autocrítica famosa”, recordaría en una entrevista.<sup>25</sup> Le dieron de comer unas galletas con un refresco y le pusieron enfrente su vieja máquina de escribir. “En menos de tres horas quedó terminada aquella *confesión* de más de treinta folios”.<sup>26</sup>

Las autoridades utilizaron después parte del texto para convertirlo en una carta de arrepentimiento, difundida por los medios antes de su liberación en vísperas del acto de la UNEAC, que formaba parte del acuerdo con Seguridad del Estado. “Todo se organizó y se ensayó por la tarde con [José Antonio] Portuondo”, diría Padilla. “Nicolás Guillén se negó a asistir aduciendo que la medida era contraproducente y que haría más daño que bien. Y no fue. Entonces fue Portuondo en su carácter de vicepresidente de la Unión”.<sup>27</sup>

### *El acto de la UNEAC*

**H**ABÍA alrededor de cuarenta personas en el salón de actos de la UNEAC, sentadas entre reflectores de televisión y cámaras de cine y rodeadas de periodistas de Prensa Latina. El calor era insoportable, mezclado con el olor y el ruido de la multitud apretujada dentro del salón. En medio del caos, José Antonio Portuondo, vicepresidente de la UNEAC, alzó la voz para llamar al orden, acompañado por un hombre que todos conocían, protagonista del drama que llegaba a su culminación aquel martes 27 de abril de 1971. Los rostros, llenos de curiosidad, voltearon hacia él —“un muchacho corpulento y lampiño, de cara lunar y grandes anteojos, de pelo ensortijado y lenguaje pulido hasta la exageración”, según habría de recordar un argentino presente en la reunión.<sup>28</sup> Era el poeta Heberto Padilla, quien en ese momento fue presentado por el vicepresidente de la UNEAC. Había hecho una solicitud al Gobierno Revolucionario en el sentido de explicar personalmente su caso.

Antes de cederle la palabra, Portuondo excusó la ausencia del presidente de la UNEAC, el poeta Nicolás Guillén. ¿Por qué no presidía la reunión? Explicó que estaba enfermo, que por esa razón no estaba ahí, aunque circulaban ya versiones en el sentido de que Guillén había estado en contra de convocar a la sesión que en ese momento tendría lugar en la UNEAC.

---

<sup>25</sup> Citado por Carlos Verdecia, *Conversación con Heberto Padilla*, San José, Kosmos, 1992, p. 78.

<sup>26</sup> Padilla, *La mala memoria* [n. 21], p. 197.

<sup>27</sup> Citado por Verdecia, *Conversación con Heberto Padilla* [n. 25], p. 80.

<sup>28</sup> “Intelectuales versus Fidel: cartas de un joven poeta” [n. 5], pp. 187-188.

Padilla acababa de ser puesto en libertad la víspera, hacia la media noche, pero no daba la impresión de ser una persona salida de la cárcel. “Vestía una camisa celeste y un pantalón obscuro”, rezaba el reporte de la agencia Prensa Latina, “esgrimía un habano que no llegó a encender y a lo sumo parecía agobiado por el calor”.<sup>29</sup> El sonido de su voz hizo callar a todos en el salón de la UNEAC:

Compañeros, desde anoche a las doce y media, más o menos, la Dirección de la Revolución me puso en libertad, me ha dado la oportunidad de dirigirme a mis amigos y compañeros escritores [...] Ustedes saben perfectamente que desde el pasado 20 de marzo yo estaba detenido por la Seguridad del Estado [...] Estaba detenido por contrarrevolucionario.<sup>30</sup>

Padilla tenía unas notas en la mano que veía de vez en cuando, mientras hablaba en el salón de la UNEAC. Parecía que improvisaba su discurso pero, conforme avanzaba, todos los presentes empezaron a notar que palabra por palabra recitaba la carta de autocrítica que, cuatro días atrás, había dirigido desde la prisión al gobierno del comandante Castro. “Consiguió repetir casi sin modificaciones los términos de la carta”, confirmaría después uno de los presentes.<sup>31</sup>

Padilla continuó su discurso en la UNEAC: “Yo he tenido muchos días para reflexionar, en Seguridad del Estado [...] Yo he cometido muchísimos errores, errores realmente imperdonables, realmente censurables, realmente incalificables. Y yo me siento verdaderamente ligero, verdaderamente feliz después de toda esta experiencia que he tenido, de poder reiniciar mi vida con el espíritu con que quiero reiniciarla”.<sup>32</sup> Después de una serie de reproches dirigidos a sí mismo, que los presentes escucharon en silencio y con un poco de miedo pues daba la impresión de que también eran esgrimidos contra todos ellos, el poeta pronunció:

Yo pedí esta reunión, y no me cansaré nunca de aclarar que la pedí [...] Yo, bajo el disfraz de escritor rebelde, lo único que hacía era ocultar mi desafecto a la Revolución [...] Yo he criticado cada una de las iniciativas de la Revolución [...] Yo, compañeros, como he dicho antes, he cometido errores imperdonables. Yo he difamado, he injuriado constantemente la Revolución, con cubanos y con extranjeros. Yo he llegado sumamente lejos

---

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 188.

<sup>30</sup> Padilla, “Intervención en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba” [n. 14], p. 191.

<sup>31</sup> “Intelectuales *versus* Fidel: cartas de un joven poeta” [n. 5], p. 188.

<sup>32</sup> Padilla, “Intervención en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba” [n. 14], p. 191.

en mis errores y en mis actividades contrarrevolucionarias [...] A mí me preocupaba más mi importancia intelectual y literaria que la importancia de la Revolución.<sup>33</sup>

Padilla culminó su autocrítica con una referencia a *Fuera del juego*, quizás su libro más conocido por la polémica que suscitó dentro y fuera de Cuba. “Pensemos sinceramente en *Fuera del juego*. ¿Ustedes piensan, si ustedes leen ese libro, que es en realidad un libro revolucionario? [...] Ese libro está lleno de amargura, está lleno de pesimismo [...] Ese escepticismo y esa amargura no entusiasman y no llevan a la Revolución”.<sup>34</sup>

La autocrítica de Padilla involucró también a varios autores que estaban presentes en el salón de actos de la UNEAC.

Yo agradezco sinceramente a la Revolución [...] Pero sinceramente yo quiero decir algo más [...] Si hablo esta noche aquí delante de ustedes [...] es porque sé que en muchos de ustedes hay actitudes, sinceramente, como las que había en mí. Y porque sé que muchos de ustedes, en quienes he pensado sinceramente en estos días, iban en camino de la propia destrucción moral, y física casi, a que yo iba. Y porque yo quiero impedir que esa destrucción se lleve a cabo.<sup>35</sup>

Mencionó a su esposa Belkis Cuza (“cuánto grado de amargura, de desafecto y de resentimiento ella ha acumulado inexplicablemente durante estos años”) y a su amigo Pablo Armando Fernández (“amargado, desafecto, enfermo y triste, y por lo mismo contrarrevolucionario”) y luego también a José Lezama Lima (“no ha sido justo con la Revolución”).<sup>36</sup> Belkis y Pablo Armando se pusieron de pie para aceptar las críticas y formular propósitos de enmienda. Lezama Lima, ausente en la reunión, no pudo volver a publicar en Cuba por el resto de sus días.

Todos los escritores eran de hecho culpables, en opinión de Padilla. Así lo dijo él mismo con franqueza antes de concluir. “Porque, compañeros, yo tengo que ser sincero [...] Nosotros no hemos estado a la altura de esta Revolución [...] Por ejemplo: las zafras del pueblo. ¿A cuántas zafras, a cuántas ha asistido un número significativo de escritores? ¿A cuántas? ¡A ninguna! [...]

---

<sup>33</sup> *Ibid.*, pp. 191-192.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 194.

<sup>35</sup> *Ibid.*, pp. 198-199.

<sup>36</sup> *Ibid.*, pp. 199-201.

Sin embargo, para exigir, para chismear, para protestar, para criticar, los primeros somos la mayoría de los escritores”.<sup>37</sup> Por eso hizo un llamado a todos sus amigos presentes esa ocasión en el acto de la UNEAC: “Yo quiero que nadie más sienta la vergüenza que yo he sentido, la tristeza infinita que yo he sentido en todos estos días de reflexión constante de mis errores. No quiero que se repitan nunca más estos errores [...] ¡Seamos soldados! [...] ¡Seamos soldados de nuestra Revolución y [...] ocupemos el sitio que la Revolución nos pida! [...] ¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!”.<sup>38</sup>

### *La reacción*

LA autocrítica, prolongada durante más de una hora y media, fue luego publicada como suplemento en la revista *Casa de las Américas*, dirigida por Roberto Fernández Retamar. Ella suscitó las interpretaciones más diversas, sin excluir la que señalaría Edwards: “una sutileza diabólica de parte de Padilla para imitar el estilo del estalinismo y enviar, de ese modo, un mensaje cifrado a sus amigos del exterior”.<sup>39</sup>

¿Cuál era el crimen de Padilla? ¿De qué se le acusaba? El funcionario de cultura Lisandro Otero daría más tarde la respuesta en un libro que escribió: “Padilla fue arrestado por su colaboración con un agente de la CIA en Cuba”.<sup>40</sup> Ese agente era el fotógrafo francés Pierre Golendorf, detenido por los cubanos un mes antes que Padilla. Golendorf había visitado Cuba por primera vez en el verano de 1967, en ocasión del Salón de Mayo. Regresó en enero de 1968 al Congreso Internacional Cultural en La Habana, que contó con la presencia de quinientos intelectuales originarios de setenta países, entre ellos Bertrand Russell y Jean-Paul Sartre. Golendorf gestionó después un permiso de residencia para escribir un libro sobre Cuba para la editorial Laffont, que en 1970 publicó la obra del polaco francés Kewes Karol, *Les guérilleros au pouvoir*, una crítica de izquierda al régimen de la Revolución. “Desde entonces

---

<sup>37</sup> *Ibid.*, pp. 201-202.

<sup>38</sup> *Ibid.*, pp. 202-203.

<sup>39</sup> Jorge Edwards, *Persona non grata*, Barcelona, Seix Barral, 1982, p. 360.

<sup>40</sup> Otero, *Disidencias y coincidencias* [n. 19], p. 82. Otero escribió después: “Para hacer su tarea contra la Revolución, Golendorf necesitaba información que obtenía con cuatro extranjeros, uno de ellos un diplomático (Edwards), y cuatro cubanos, entre ellos Heberto Padilla. Eran éstos los que aportaban datos, elementos de juicio, reproches, evaluaciones, censuras de cuanto estaba aconteciendo”, p. 93.

permanecía en Cuba, casado con una cubana y con una hija de dos años”, escribiría Edwards, quien lo conocía desde París, donde frecuentaba al grupo de Violeta Parra. “Golendorf participó en dos o tres de nuestras tertulias. Estaba resentido y exasperado en Cuba, pero las autoridades no le daban el pase para regresar con su esposa y su hija a Francia”.<sup>41</sup> Su crimen fue preparar un libro contrario a la Revolución para una editorial que había roto con ella: Laffont. Nada más. En esos momentos, Castro estaba cercado por las críticas de los intelectuales de izquierda en Europa: Kewes Karol, Hans Magnus Enzensberger, René Dumont. Por eso reaccionó con tanta violencia contra Golendorf, quien sufrió tres años de cárcel en Cuba. Y por eso el día de su discurso en la UNEAC, Padilla los tachó a todos sin reservas: a Karol de “hombre amargado”, a Enzensberger de “mal intencionado”, a Dumont de “viejo agrónomo francés contrarrevolucionario”.<sup>42</sup>

Al conocer la noticia del acto de la UNEAC el novelista Mario Vargas Llosa convocó a un grupo de escritores en su apartamento de Barcelona, donde vivía de tiempo atrás luego de sus años en Londres. Su relación con Cuba había sido muy cercana desde el triunfo de la Revolución, al igual que la de todos los amigos reunidos aquel día, entre ellos Enzensberger y los hermanos Juan y José Agustín Goytisolo. Pero ahora estaba indignado, como ellos, por el espectáculo de Padilla, por lo que propuso escribir una carta de protesta dirigida al comandante Fidel Castro. “Creemos un deber comunicarle nuestra vergüenza y nuestra cólera”, decía la carta.

El lastimoso texto de la confesión que ha firmado Heberto Padilla sólo puede haberse obtenido mediante métodos que son la negación de la legalidad y la justicia revolucionarias. El contenido y la forma de dicha confesión, con sus acusaciones absurdas y afirmaciones delirantes, así como el acto celebrado en la UNEAC en el cual el propio Padilla y los compañeros Belkis Cuza, Manuel Díaz Martínez, César López y Pablo Armando Fernández se sometieron a una penosa mascarada de autocrítica, recuerda los momentos más sórdidos de la época del estalinismo, sus juicios prefabricados y sus cacerías de brujas. Con la misma vehemencia con que hemos defendido desde el primer día la Revolución Cubana, que nos parecía ejemplar en su respeto al ser humano y en su lucha por su liberación, lo exhortamos a evitar a Cuba el oscurantismo dogmático, la xenofobia cultural y el sistema repre-

---

<sup>41</sup> Edwards, *Persona non grata* [n. 39], p. 166.

<sup>42</sup> Padilla, “Intervención en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba” [n. 14], p. 196.

sivo que impuso el estalinismo en los países socialistas, y del que fueron manifestaciones flagrantes sucesos similares a los que están ocurriendo en Cuba. Quisiéramos que la Revolución Cubana volviera a ser lo que en un momento nos hizo considerarla un modelo dentro del socialismo.<sup>43</sup>

La carta, que dieron a conocer después en círculos más amplios, fue publicada con la firma de intelectuales originarios de todas partes: norteamericanos (Susan Sontag), españoles (Jaime Gil de Biedma, Jorge Semprún), italianos (Giulio Einaudi, Italo Calvino, Alberto Moravia, Pier Paolo Pasolini) y sobre todo franceses (Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Alain Resnais, Marguerite Duras, Maurice Nadeau, Claude Roy, Michel Leiris, Nathalie Sarraute). Hubo también un número muy alto de mexicanos que la firmaron: Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco, Fernando Benítez, José Revueltas, Juan Rulfo, Carlos Monsiváis y Antonio Montes de Oca. Revueltas había tenido que firmar desde la cárcel, pues estaba preso.

Tres días más tarde, el 30 de abril, fue clausurado el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura que había comenzado a sesionar una semana antes en La Habana. El comandante Fidel Castro, enfurecido por la reacción de los intelectuales frente al caso Padilla, en un discurso que duró más de una hora fustigó contra “los seudoizquierdistas descarados que quieren ganar laureles viviendo en París, en Londres, en Roma”.<sup>44</sup> Castro estaba fuera de sus casillas. Despotricó contra los jurados y escritores que participaban en *concurritos*: “¡Para hacer el papel de jueces hay que ser aquí revolucionarios de verdad, intelectuales de verdad, combatientes de verdad! Y para volver a recibir un premio, en un concurso nacional o internacional [hay] que ser revolucionario de verdad, escritor de verdad, poeta de verdad, revolucionario de verdad”.<sup>45</sup> No pensaba dejarse presionar ni hacer caso a sugerencias de nadie. Y los intelectuales no iban a romper con él —no, él rompía con ellos en ese instante. Y concluyó: “Tendrán cabida ahora aquí, y sin contemplación de ninguna clase ni vacilaciones, ni medias tintas, ni paños calientes, tendrán cabida únicamente los revolucionarios. /

---

<sup>43</sup> Mario Vargas Llosa, *Contra viento y marea*, Barcelona, Seix Barral, 1986, pp. 250-251. En México la carta fue publicada originalmente en *Excelsior*. Varios intelectuales, entre ellos Fernando Benítez y José Emilio Pacheco, protestaron cuando fue reproducida como inserción pagada en otros medios.

<sup>44</sup> Fidel Castro, “Discurso de clausura del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura”, *Casa de las Américas* (La Habana), núm. 65-66 (marzo-junio de 1971), p. 27.

<sup>45</sup> *Ibid.*

Ya saben, señores intelectuales burgueses y libelistas burgueses y agentes de la CIA [...] en Cuba no tendrán entrada, ¡no tendrán entrada! [...] ¡Cerrada la entrada indefinidamente, por tiempo indefinido y por tiempo infinito!”<sup>46</sup>

### *México y Cuba*

EN julio de 1971 la revista *Casa de las Américas* publicó varias cartas de solidaridad con la Revolución, firmadas por intelectuales cubanos, uruguayos, colombianos, ecuatorianos, chilenos y, por supuesto, mexicanos. La declaración de estos últimos estaba firmada por veintisiete intelectuales, casi todos desconocidos, aunque había nombres importantes: David Alfaro Siqueiros, Juan Bañuelos, Emmanuel Carballo, Jorge Fons, Efraín Huerta, Renato Leduc, Ricardo Pozas, Alberto Ruz, Adolfo Sánchez Vázquez. En ella criticaban a los “grupos seudocosmopolitas de intelectuales —antaño románticos simpatizadores de Cuba— que se apresuran a manifestar su repudio con motivo de cualquier incidente, adventicio o propio de las dificultades en la construcción del socialismo”, para agregar: “No nos sentimos capacitados para juzgar subjetivamente la autocrítica del poeta [...] Lo importante es que la nueva embestida contra Cuba la causa el reconocimiento de que los cambios profundos de la estructura económica, política y social del país, evidencian que el proceso revolucionario socialista ha pasado a la etapa de mayor y creciente injerencia y responsabilidad de los obreros”<sup>47</sup>. La carta terminaba con estas palabras: “Por todo lo anterior, con el solo afán de subrayar la irreversibilidad de la Revolución socialista cubana, manifestamos nuestra invariable solidaridad con ella”<sup>48</sup>.

Los ataques a los mexicanos que suscribieron la carta redactada por Vargas Llosa (*seudoizquierdistas* y *seudocosmopolitas*, según sus enemigos) culminaron con un golpe dirigido a quien era su cabeza más visible: Carlos Fuentes. Fuentes había sido uno de los primeros en apoyar a la Revolución Cubana. Llegó a La Habana

---

<sup>46</sup> *Ibid.*, pp. 27-28.

<sup>47</sup> “Declaración de intelectuales mexicanos”, *Casa de las Américas* (La Habana), núm. 67 (julio-agosto de 1971), p. 166. En este número de la revista se incluía también el indescifrable poema de Julio Cortázar “Policrítica en la hora de los chacales” acompañado por una carta del autor a Haydée Santamaría, en la que hablaba de “una hora muy amarga pero en la que hay sin embargo una plena confianza en muchas cosas, y sobre todo en la Revolución”.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 167.

con Fernando Benítez en enero de 1959. Ahí mismo, en mayo de 1960, comenzó a escribir su novela *La muerte de Artemio Cruz*. Más tarde, en febrero de 1962, a su regreso de Punta del Este, Uruguay, donde fue corresponsal de la revista *Política*, condenó en un artículo la expulsión de Cuba de la OEA: “La verdadera democracia representativa es la del socialismo porque únicamente el socialismo puede, en un país subdesarrollado, realizar las reformas de estructura capaces de crear las condiciones reales de una democracia”.<sup>49</sup> Más adelante, sin embargo, comenzaron los problemas: “En 1966 la burocracia literaria cubana, manipulada por Roberto Fernández Retamar para apresurar su ascenso burocrático y hacer olvidar su pasado derechista, nos denunció a Pablo Neruda y a mí [Fuentes] por asistir a un congreso del PEN Club internacional presidido a la sazón por Arthur Miller”.<sup>50</sup> Años más tarde Fuentes fue grabado por un agente de La Habana criticando a Fidel en una plática con Jorge Edwards. Al final fue excomulgado por suscribir la carta que condenaba la mascarada de la UNEAC. En septiembre de 1971, la revista *Casa de las Américas* publicó un ensayo de Fernández Retamar titulado “Calibán”, escrito pocos meses antes, al calor del escándalo de Padilla. “El único equipo nacional de escritores del continente en romper con Cuba aprovechando un visible pretexto y calumniando la conducta de la Revolución, ha sido la *maffia* mexicana”.<sup>51</sup> A renglón seguido reprochó, sin ton ni son, el libro *La nueva novela hispanoamericana* de Fuentes. “Esta manera astuta, aunque a la vez superficial, de proponer las tareas de la derecha con el lenguaje de la izquierda, nos hace recordar —y es difícil olvidarlo un solo instante— que Fuentes pertenece a la *maffia* mexicana”, escribió el poeta Fernández Retamar, para luego insistir: “Me he detenido quizás más de lo necesario en Fuentes porque es una de las más destacadas figuras entre los nuevos escritores latinoamericanos que se han propuesto elaborar, en el orden cultural, una plataforma contrarrevolucionaria que en apariencia vaya más allá de las burdas simplificaciones”.<sup>52</sup> ¿Cuál era esa terrible y misteriosa *plataforma*

---

<sup>49</sup> Citado por Krauze, *La presidencia imperial* [n. 10], p. 256.

<sup>50</sup> Carlos Fuentes, “Infidelidades”, *Encuentro de la Cultura Cubana* (Madrid), núm. 28-29 (primavera-verano de 2003), p. 152.

<sup>51</sup> Roberto Fernández Retamar, “Calibán”, *Casa de las Américas* (La Habana), núm. 68 (septiembre-octubre de 1971), pp. 142-143.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 145.

*contrarrevolucionaria*? Fernández Retamar nunca lo dice, pues su objetivo era más elemental: echarle lodo a Fuentes.

### Conclusión

LA situación de los escritores en la Isla empeoró luego de la autocrítica del poeta Padilla. Así lo dejaba ver ya la declaración del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura. “La conciencia crítica de la sociedad es el pueblo mismo”, afirmaba al final. “La condición de intelectual no otorga privilegio alguno. Su responsabilidad es coadyuvar a esa crítica con el pueblo y dentro del pueblo”.<sup>53</sup> Comenzó entonces lo que Ambrosio Fornet, crítico literario cubano, llamó el *quinquenio gris*, que habría de prolongar su duración hasta la creación del Ministerio de Cultura en 1976. Hubo muchos casos de injusticia en todos esos años, como el de los homosexuales, entre ellos algunos de los artistas más conocidos de Cuba. Antón Arrufat y Virgilio Piñera, por ejemplo, fueron detenidos junto con varios criminales en las llamadas Unidades Militares de Apoyo a la Producción (UMAP) que desde 1965 funcionaban en Camagüey, donde había desafectos al régimen, homosexuales y practicantes de diferentes religiones, especialmente Testigos de Jehová.

No obstante las injusticias y las persecuciones, nunca sucedió en la Isla lo que algunos llegaron a temer: una represión masiva del régimen contra los intelectuales. La Revolución, por el contrario, en un sentido los benefició: fue una caja de resonancia que permitió trascender a muchos autores que, sin ella, hubieran permanecido en el olvido, de modo que, paradójicamente, incluso quienes más sufrieron resultaron al final beneficiados. Entre ellos el propio Padilla, que a menudo se burlaba de su autocrítica con sus amistades de La Habana, antes de salir a Princeton. Así lo supo Edwards al terminar su misión diplomática en Cuba. Le contaron que Padilla estaba muy bien, que trabajaba como traductor en una editorial y que a veces participaba en tertulias con otros escritores. Edwards escribió:

Habla con humor de su autocrítica, la que compara con algunas autocríticas clásicas de la historia del socialismo. Dice, por ejemplo, que la suya es mejor que la de Evtuchenko, pero que olvidó un detalle muy interesante que puso Lukács en la segunda de las suyas, y que en cualquier caso la mejor de las

---

<sup>53</sup> Citado por Otero, *Disidencias y coincidencias* [n. 19], p. 95.

autocríticas —él reconoce que no consiguió superarla— es la de Eisenstein, el gran maestro de los comienzos del cine soviético.<sup>54</sup>

Así habría de terminar la vida en Cuba del poeta Heberto Padilla, antes de partir al exilio en Estados Unidos, cuyo *caso* marcó el comienzo del desencuentro de muchos de los más prestigiosos intelectuales latinoamericanos con la Revolución Cubana.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Alarcón, Dariel, *Memorias de un soldado cubano*, Barcelona, Tusquets, 1997.
- Bobes, Velia Cecilia, y Rafael Rojas, coords., *La transición invisible*, México, Océano, 2004.
- Cabrera Infante, Guillermo, *Mea Cuba*, México, Vuelta, 1993.
- Campa, Homero, “México-Cuba: contigo en la distancia”, *Foreign Affairs* (en español), núm. 2 (verano de 2002).
- Castro, Fidel, “Discurso de clausura del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura”, *Casa de las Américas* (La Habana), núm. 65-66 (marzo-junio de 1971), pp. 21-33.
- , *Palabras a los intelectuales*, La Habana, Biblioteca Nacional, 1991.
- “Declaración del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura”, *Casa de las Américas* (La Habana), núm. 65-66 (marzo-junio de 1971), pp. 4-19.
- Domínguez, Jorge, *Cuba: order and revolution*, Cambridge, Harvard University Press, 1978.
- Edwards, Jorge, *Persona non grata*, Barcelona, Seix Barral, 1982.
- Fernández Retamar, Roberto, “Calibán”, *Casa de las Américas* (La Habana), núm. 68 (septiembre-octubre de 1971), pp. 124-151.
- Franqui, Carlos, *Retrato de familia con Fidel*, Barcelona, Seix Barral, 1981.
- Fuentes, Carlos, *Tiempo mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1997.
- Fuentes, Norberto, *La autobiografía de Fidel Castro*, México, Destino, 2004.
- Furiati, Claudia, *Fidel Castro: la historia me absolverá*, Barcelona, Plaza & Janés, 2003.
- Otero, Lisandro, *Disidencias y coincidencias en Cuba*, La Habana, Editorial José Martí, 1986.
- Padilla, Heberto, *Fuera del juego*, Buenos Aires, Aditor, 1969.
- , “Intervención en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba”, *Casa de las Américas* (La Habana), núm. 65-66 (marzo-junio de 1971), pp. 191-203.

---

<sup>54</sup> Edwards, *Persona non grata* [n. 39], p. 373.

- Pellicer, Olga, "La Revolución Cubana en México", *Foro Internacional* (México), núm. 4 (abril-junio de 1968), pp. 360-383.
- Poniatowska, Elena, *Palabras cruzadas*, México, Era, 1961.
- Rojas, Rafael, "Cultura y poder en Cuba", *Nexos* (México), núm. 318 (junio de 2004), pp. 56-64.
- Szulc, Tad, *Fidel: a critical portrait*, Nueva York, Perennial, 2002.
- Tello Díaz, Carlos, "Cuba: datos duros", *Nexos* (México), núm. 237 (septiembre de 1997), pp. 102-103.
- Vargas Llosa, Mario, *Contra viento y marea*, Barcelona, Seix Barral, 1986.
- Verdecia, Carlos, *Conversación con Heberto Padilla*, San José, Kosmos, 1992.

#### RESUMEN

Hasta finales de los sesenta, uno de los vínculos más poderosos que la Revolución Cubana tenía con el resto de América Latina era el aparato cultural, encabezado por Casa de las Américas. La mayoría de los intelectuales latinoamericanos simpatizaban con el régimen de la Revolución, no obstante que el fracaso económico, la represión cultural y la adopción del modelo soviético pusieron fin a muchas de sus expectativas. La crisis con ellos estalló en abril de 1971 con el llamado *caso* Padilla. Muchos de los intelectuales que hasta entonces tenían relaciones de amistad con La Habana rompieron con la Revolución.

*Palabras clave:* Revolución Cubana, aparato cultural, censura gubernamental.

#### ABSTRACT

Until the end of the 60's, one of the most powerful links between the Cuban Revolution and the rest of Latin America was the cultural apparatus led by the Ministry of Culture, known as Casa de las Américas. Most Latin American intellectuals were sympathetic with the Revolution, but the economic fiasco, cultural repression and adoption of the Soviet model put an end to many expectations. The crisis came about in April, 1971, with the so-called Padilla case. Many intellectuals who, until then, had had a friendly relationship with the Cuban government broke off ties.

*Key words:* Cuban Revolution, cultural apparatus, Government censorship.